

ejército, para ir á contar el pueblo de Israel.» Como se vé, es antiquísimo que en esto de la estadística anden metidos los militares: la única diferencia es que lo que antes hacían los capitanes, lo hacen los sargentos ahora: rebaja de talla que se nota en todo. «Y después que David hubo contado el pueblo, punzóle su corazón; y dijo á Jehová: Yo he pecado gravemente por haber hecho esto.» *Esta queja de David podría repetirla el ministro que ordenó el levantamiento del mapa de España, que hará, Dios medianamente, y al paso que lleva el general Ibáñez, en cuatrocientos y pico de años, pero demuestra evidentemente que Jehová miro siempre de través la estadística y el buen gobierno, que dicen que la tiene por fundamento. Que es lo que se quería demostrar.*

Para purgar el pecado de haberse metido á estadístico, Jenová dió á elegir á su elegido entre dos calamidades, como son el hambre, la derrota y la peste. David elige esta última, y fuese de cólera, fuese de garrotillo ó de mal francés, el caso es, porque la enfermedad no se indica, que en un periquete se murieron en Israel sesenta mil hombres. Como no se habla de mujeres, dado que el Espíritu Santo fué tan puntualizado escritor, se debe presumir que las señoras estaban naturalmente vacunadas contra el virus maléfico de que entonces se sirvió Jehová para castigar la estadístico-manía de David.

Cuento final del *Libro de Samuel*.

Pues señor, que la peste había ya, por orden de Dios, y en forma de ángel, llevádose al otro barrio setenta mil hombres. *Y como el ángel extendió su mano* (el ángel es el que llevaba la peste por lo visto: ¡vaya un angelito!) *sobre Jerusalén para destruirla* (¡vaya unas bromitas angelicales!) *Jehová se arrepintió de aquel mal* (perfectamente hecho, señor de Jehová; este arrepentimiento me le hace á usted simpático) *y dijo al*

ángel. Basta ahora. (Otra vez continuará usted, caballero.)

Cuando el ángel recibió de su Dios esta orden caritativa, el susodicho ángel estaba... ¿dónde dirás, lector amable?... pues estaba en sitio tan desabrigado y cursilón para un ángel como es la *era* (era ya sabes que es donde se trilla) de don Arauna Jabuseo, ilustre caballero, muy conocido en su casa, y que tuvo la alta honra de pasar á la historia y ser célebre en cien generaciones de judíos y cristianos por la feliz casualidad de tener esta *era*, donde le dió la ocurrencia de pararse al ángel de Jehová.

Porque es de saber, que David, sabiendo por el profeta Gad donde se había parado el ángel, y recibido por el mismo conducto la orden jehová-tica de alzar un altar en aquel sitio, se fué derecho á verse con Arauna Jebuseo, para que este le cediera la era. Este buen hombre, después de hacerse cruces ante el deseo del rey, y enterarse de que la era, en que tantas veces habría hecho parva y otras necesidades, había sido santificada por la planta de un ángel, se la regala á David; mas éste no la quiere regalada, la quiere comprada. Arauna cede y recibe por su era cincuenta siclos.

¿A qué viene esta historia, dirás, lector? Pues sábetelo que tienen su *intrínquilis* tantas bobadas. Sobre la era de Arauna Jebuseo se alzó más tarde el templo de Salomón, y era preciso que este lugar tuviera su anecdotilla correspondiente. ¿Entiendes ahora?

XLVI

Cuidaron siempre los grandes escritores de comenzar sus obras con palabras pulcras y elegantes, que desde luego fijaran la atención de los lectores y los animaran á continuar leyendo. Ya despertando la curiosidad, ya prometiendo brillantes narraciones de altos hechos, ya entrando

de rondón en un asunto interesante y digno, consiguieron los genios de la literatura hacer desde el principio sorprendentemente agradables sus poemas. Así Virgilio embocó de esta altisonante y nobilísima manera su ENEIDA,

Arma virumque cano...

que hace despepitar á cualquier mozalbete por saber quiénes fueron los varones y cuáles las armas que la alta honra merecieron de ser por el insigne mantuano cantados, al son de armoniosa lira.

Dante, grave y profundo, comienza su DIVINA COMEDIA diciendo:

In mezzo díl camin di nostra vita
Io ritrovai per una selva oscura
Que la directa via era smarrita.

lo cual basta para excitar en un hombre prudente, el deseo de averiguar lo que le pasó al gran florentino en los caminos torcidos donde había andado extraviado.

Tasso, el tierno y desgraciado Torcuato Tasso, en dos líneas de once sílabas,

Canto la armi pietose, il capitano
Qu'il gran sepolero libero di Cristo

acertó á condensar el asunto que con tanta galanura desenvolvió en su JERUSALÉN LIBERTADA.

Cervantes, sin andarse en melindres, nos dice:

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme... sin duda porque en él le haría alguna perrada algún presbítero ó algún cacique conservador, comienza á la pata la llana la historia del más bello engendro de la humana fantasía.

En los modernos tiempos, los *folicularios* de pésquis (passez le mot, monsieur le comte de Chestre, président de la Royale Académie de la Langue) han procurado cerrar un folletín de modo y manera que el infortunado lector quedase veinticuatro horas esperando, con los cuartos

en la mano la venta del siguiente, suspendiendo la narración con estas palabras:

«¿De quién era aquella mano?»

«¿De quién aquella cabeza?»

El Espíritu Santo, cuando se metió á escritor de la *Santa Biblia*, allá en tiempos muy remotos, porque desde hace muchos siglos acá no sé que haya caído en tentación de escribir, tuvo verdaderos rasgos de inspiración en esto de tomar la *embocadura* á sus libros. De todos estos rasgos de inspiración, ninguno comparable al del que hizo gala cuando se propuso escribir la historia de los reyes de Israel, que dividió muy oportunamente en dos partes, para mayor comodidad de los lectores, y tal vez para tomar algún descanso, pues á pesar de ser el Espíritu Santo, lo largo y monótono del asunto, reducido á que todos los reyes fueron peores los unos que los otros, según irá mostrando, debió aburrirle soberanamente.

No cometeré yo, no mil veces, la vileza de quitar ni poner palabra en esta revelada *embocadura* á que me refiero, ni el crimen de pasarla en silencio. Integra voy á copiarla, por morrocotuda y pornográfica, para ilustración de novelistas á la última moda *realera*, que después de todo merecen ser silbados, aparte otras razones, por no haber conseguido descalzar al señor Espíritu Santo, que hace treinta siglos, siglo más, siglo menos, que se explicaba *asina*.

«Como el rey David era ya viejo, y entrado en »días, cubriente de vestidos, mas no se calentaba. Dijéronle, por tanto, sus siervos: Busquen á »mi señor el rey una moza virgen, para que esté »delante del rey, lo abrigue, y duerma á su lado, »y calentará á mi señor el rey. Y buscaron una »moza hermosa por todo el término de Israel, y »hallaron á Abisag Sunamita, y trajéronla al »rey. Y la moza era hermosa, la cual calentaba »al rey (*cuidado con los equívocos*), y le servía: »mas el rey nunca la conoció.»

Verdaderamente la *Biblia* debe ser palabra de Dios, y, por consiguiente, un misterio profundo; pues por más que me devano los sesos, no acierto á comprender el fin que se propuso el Espíritu Santo al escribir estos cuatro versículos, á la cabeza del *primer libro de los Reyes*, que comienzo á comentar; en buena hora sea, y de él salga con más calor que entro, pues está nevando. Cuando él escribió esto, por algo lo haría, porque, como dice el cura de mi pueblo, cada palabra de la *Santa Biblia* encierra una enseñanza sapientísima. ¿Quería dar en estas palabras una receta á los viejos, sobre la mejor manera de calentarse la cama? ¡Imposible! No cabe en una cabeza, que no sea de *neo*, esta explicación que reduciría á las buenas mozas á la triste condición de *tumbillas*. ¿Qué será, señor, que será lo que trató de enseñarnos el Espíritu Santo en esta parte de la divina revelación? Tómame el trabajo, lector, de averiguarlo; yo no lo acierto. Y si no te quieres tomar ese trabajo: *doctores tiene la Santa Madre Iglesia que te sabrán responder*.

A continuación de esta historietta, acerca de la manera que tenía David de calentarse la cama cuando era viejo, viene otra sobre el nombramiento de su sucesor.

Tenía David un hijo llamado Adonia, con tantas ganas de heredar á su padre, que en vida de éste, y apoyado por el general Joab y el sacerdote Abiathar, se fué á proclamar rey á la peña de Zohelet. No por mucho madrugar amanece más temprano, dice un refrán; y esto le pasó á Adonia, pues, en tanto que él celebraba banquete con sus parciales, su hermano Salomón le birló la corona de esta pulcra y sencillísima manera.

Bath-sheba, aquella famosa mujer del pobre Uría, que tan poco cuidaba de lavarse el cuerpo á puerta cerrada, madre del famoso Salomón, aunque debía estar ya un poco ajamonada, no había perdido, por fortuna de su hijo, aquella gra-

cia que tan simpática se la había hecho á David. Ya que no la cama, como Abisag, supo calentarle al viejo rey el corazón en favor de Salomón, apoyada por el profeta Nathan y el general Jojada, pues los altos designios de Dios necesitaron siempre para realizarse en la tierra, de guerreros y de sacerdotes. David, accediendo á las súplicas de Bath-sheba declara sucesor á Salomón, le hace montar en su propia mula real, y que así le lleven á ungirle y proclamarle. Las aclamaciones del pueblo en favor de Salomón vinieron á amargarle el banquete á Adonia, que conociendo el palo de que era astilla, echó á correr y no paró hasta cogerse á los cornijales del altar, quiere decir, á lugar de asilo por la ley. ¡Admirable familia!

Testamento de David:

«Y llegaronse los días de David para morir, y mandó á Salomón su hijo diciendo.» *Oído á la caja, lector; que testamentos como este caen pocos en notaría.* «...Y ya sabes lo que me ha hecho Joab, hijo de Sarvia (*entre otras cosas, rey, y quitarle de en medio á Uría*) lo que hizo á dos generales del ejército de Israel... Tú, pues, harás conforme á tu sabiduría: NO DEJARÁS DESCENDER SUS CANAS Á LA HUESA EN PAZ.»

«También tienes contigo á Semei... el cual me maldijo con una maldición fuerte el día que yo iba á Mahanain. Mas él mismo descendió á recibirme al Jordán, y yo le juré por Jehová, diciendo: Yo no te mataré á cuchillo. Empero ahora no le absolverás; que hombre sabio eres, y sabes cómo te has de haber con él: Y HARÁS DESCENDER SUS CANAS CON SANGRE Á LA SEPULTURA.»

Y, después de dictado este testamento, David se murió.

Comentario. Si el hombre que en la hora suprema de la muerte llama á su lado á su hijo para encargarle el asesinato de dos personas, á

quienes debió grandes favores, no es el más miserable de los hombres, yo no sé á quién pueda aplicarse con propiedad esta palabra. La venganza póstuma, hija de una cobardía indigna, ¿no es la más villana de las acciones? Pues agréguese á esa villanía el valerse de un hijo por instrumento, y de la autoridad pública como medio, y la villanía se convierte en miseria.

Esto es lo que hizo David, el salmista inspirado, el profeta insigne, el modelo eterno, para un buen católico.

XLVII

Lo primero que hizo Salomón, tan pronto como por la referida *intriguilla* de su mamá ocupó el trono de David, fué quitar estorbos de en medio, en lo que obró como sabio que había de ser, y no sabio así como se quiera, sino el más sabio de los hombres presentes, futuros y pretéritos. Cánovas, á pesar de ser un mónstruo, es un poquito menos sabio que Salomón, según la Escritura Sagrada. ¡Figúrate por esta comparacioncita, lector, lo *sabio* que sería el hijo de la mujer de Uría, pero no hijo de Uría! Y digo que *había de ser*, y no que era, porque, habiéndole Dios metido la sabiduría en la cabeza cierta noche en Gabaón, hasta que esto le aconteció, que fué un poquito más adelante, es de presumir que no fué sabio rematado, sino un sabio como otro cualquiera, por ejemplo, Orti Lara el metafísico, Creus el cirujano, ó Taberner, el inventor de las limas para los callos.

El primer estorbo que Salomón quitó de en medio, fué á su hermano mayor, aquel Adonia del madrugón monárquico que parte por el eje la sabiduría de este refrán: «al que madruga Dios le ayuda.»

Pensaba Adonia—y yo creo que no pensaba mal—que el mico que en lo del trono se había llevado, merecía una compensación. Movido de

esta equitativa idea, y de una pasioncilla, un si es no es pecaminosa, hacia aquella buena moza de Abisag la Sunamita, (que por calentarle la cama á David debió haber inspirado un poco más de respeto á sus hijos) se encaminó, probablemente en traje de corte, hacia la señora Bathsheba, ya reina madre, y después de algunos dimes y diretes, que puntualiza el sagrado texto, la rogó que intercediese con Salomón para que éste le diera á Abisag por mujer.

Bath-sheba, tratando sin duda de poner á buenas á los dos hermanos, fuése á ver á Salomón, que la recibió con cara de risa; pero así que se enteró de la embajada que le traía, se puso hecho un basilisco. ¡Como! gritó: ¿ese mostrenco quiere por mujer á la Sunamita?—¡Pide para él el trono, mamá! Con Abisag por mujer, Abiathar por sacerdote y Joab por general ¿no sería más rey que yo? ¡Vive Dios! (es decir, vive Dios, no fué lo que dijo Salomón, sino ¡vive Jehová!) que hoy ha de morir Adonia.

Y, en efecto, en vez de la codiciada Abisag, lo que recibió Adonia fué una magnífica estocada en el corazón, que le propinó de orden del sabio rey Salomón, Benaia, que ofició de verdugo para ganarse, como de verdad se la ganó, la faja de general, dado que en aquella respetable antigüedad los generales gastasen faja, que es muy probable que no la gastaran.

Abiathar, el sumo sacerdote, que se había puesto de parte de Adonia en sus pretensiones al trono, fué el segundo estorbo que quitó de delante de sus ojos el rey Salomón. Pero como en todos tiempos la unción ó la cogulla han sido buenas guardianas de pellejas, Abiathar no perdió la suya agujereada por mala parte, como el desdichado Adonia. A Abiathar Salomón se limitó á mandarle de paseo, relevándole de por vida del alto cargo de intérprete de la divina voluntad, imponiéndole á otro, amigo suyo, la pejiuguera

de escuchar á Jehová y traducirle fielmente.

Así que Joab, aquel bravo y poco escrupuloso Joab, que tantas veces había asaltado ciudades delante de los ejércitos hebreos, y tantas había servido á David, barruntó el testamento del rey difunto y vió las que gastaba el vivo, procuró ponerse en salvo. Huyó al templo, lugar sagrado de asilo, y se agarró á los cornijales del altar. Allí le fué á buscar Benaia de parte de Salomón. Pero por más que Benaia le rogó que saliera del tabernáculo; temeroso de derramar sangre en el lugar consagrado á los sacrificios, Joab no quiso abandonar el sagrado asilo, presumiendo lo que le había de pasar fuera.

Volvió Benaia á Salomón para contarle que Joab no abandonaba el asilo, y que para matarle habría que atropellarlo todo.—Mátalo y entiérralo—fué la respuesta salomónica. Y, en consecuencia, en el propio tabernáculo fué asesinado Joab.

El horrible testamento de David quedó cumplido por su piadoso y sabio hijo: las canas de Joab descendieron con sangre á la sepultura.

En el destino de Abiathar puso Salomón á Sadoc, y en el de Joab á Benaia.

¡Era natural!

Quedaba Semei, el otro recomendado de última hora de David. Con éste se las arregló Salomón diplomáticamente. Llamóle á palacio y le dijo que se hiciera una casita en Jerusalen, y no saliera de ella en todos los días de su vida, porque en cuanto saliese, moriría sin remedio. Como al que le dan no escoge, Semei, acomodándose á los tiempos y al humor del rey, se hizo la casa y prometió no salir nunca de Jerusalen.

Debía ser Semei hombre de flaca memoria, pues habiéndosele escapado á los tres años dos siervos, enalbardó su borriquillo, y pian, piano, se fué á buscar á los escapados, volviendo con ellos á la ciudad.

Pero alguien dió el soplo á Salomón, que *in continenti* mandó al perínclito Benaia que le diese catite, como así se hizo.

Y el reino fué confirmado en mano de Salomón, concluye la *Biblia*. Convengamos en que los altos designios de Jehová necesitaron en esta ocasión mucha sangre para realizarse. Siendo omnipotente, bien podía haber matado á Joab, Adonia y Semei de viruelas negras ó de terciarna, evitando de ésta, para él sencillísima manera, que Salomón aparezca más rojo que un cangrejo cocido, en los comienzos de su reinado. No habiéndolo hecho así, á cualquier criticón libre-pensador le queda el derecho de decir que Salomón debió el trono algo más que á Jehová, á las intrigas de la señora Bath-sheba, y á las buenas y oportunas estocadas de Benaia.

Pero, después de todo, digo yo: ¿qué tendrá que ver con la salvación de nuestras almas esta historia de la destrucción de tantos cuerpos? Si estas páginas de la *Santa Biblia* se hubieran perdido ¿no podríamos salvarnos? Esto dicen los católicos, que aseguran que la revelación incompleta es insuficiente. El sentido común dice lo contrario. ¡A elegir, caballeros, á elegir!

Después de esto Salomón se casó. Y comenzando á dar muestras de lo sabio que había de ser, se fué á elegir la mujer lejos, muy lejos, pues su sabiduría le hacía conocer ya, en aquellos remotos siglos, que el cruzamiento de las razas es altamente conveniente para el mejoramiento de las mismas. Tomó, pues, por mujer á una hija del rey de Egipto, trayéndosela á Jerusalen, cuando ya estaba á punto de acabar su famosísima obra del Templo, de que aquí nos habla el Espíritu Santo, con una falta de método y orden en la narración deplorable, sumamente deplorable, en personaje de tantas campanillas literarias.

XLVIII

En seguida de contarnos el casamiento de Salomón con la hija de un rey de Egipto, que ni Champolion que averiguase siquiera cómo se llamaba, se ocupa el Espíritu Santo en manifestarnos cómo y de qué manera se hizo el rey un sabiazo de primera fuerza, que no fué del modo común y ordinario, consistente en degastar muchos pantalones en los bancos de las Universidades, sino por arte de birlibirloque, así como se hace rico el que le cae el premio gordo de la lotería de Navidad, que se acuesta barbero, pongo por caso, y amanece barón de las Amarillas ó duque de los Ochentines.

Diré sin circunloquios, que, á pesar de los pesares, esto es, á pesar de Moisés, y Josué, y Sansón, y Débora la atiza lámparas, y tantísimos varones y hembras como habian explicado á los hebreos la manera de adorar, servir y obedecer al alto y empingorotado Jehová, *hasta entonces* (éste entonces, más difícil de fijar en la cronología que la ræda de un barquillero tramposo en el número dieciseis, se refiere en el texto al tiempo en qué casó Salomón con la susodicha hija del *inaveriguable* rey de Egipto) *el pueblo sacrificaba en los altos, porque aún no habia casa edificada al nombre de Jehová*. Lo cual significa, en plata, que los judíos salomónicos eran unos desdichados, que celebraban su semi-bárbaro culto á la interperie, de donde se puede deducir lo que sería el culto en los días del santo rey David.

Pues bien, en aquel *entonces*, cuando Salomón quería hacer sacrificio, montaba en su mula y se iba á Gabaón, donde hacía degollar mil animalitos en buenas carnes, que es lo que constituía la misa cantada de aquellos tiempos, ante cuya santidad, un tantico chorreante en sangre y otras cosas, tanta admiración profesan, ó fingen pro-

fesar, nuestros puros y mestizos católicos, principalmente los que no entienden una palabra de historia, que, dicho sea sin ofensa, son la inmensa mayoría de ellos.

En uno de estos viajecitos, como estuviera Salomón durmiendo (y probablemente roncando), se le apareció una noche Jehová en sueños y le dijo: «*Pide lo que quisieres que yo te de.*»

Póngase cualquier cristiano en lugar de Salomón, y verá que éste debió encontrarse en un gravísimo conflicto, ¡Ahí es moco de pavo que el que todo lo puede le diga á uno: Pide lo que quisieres. ¡Ah! lector, al llegar aquí, deja de leer y dime al oído, yo te lo ruego, lo que tú le pedirías esta noche á Jehová, si éste se te apareciese como á Salomón, en un momento de generosidad tan recomendable.

¡Santos cielos! ¡Qué serie de disparates! Pero es posible que eso pidiérais, lectores míos muy amados? ¡Sí! ¿Os afirmáis en vuestras peticiones? Pues os digo en puridad, que ahora comprendo por qué Jehová, Dios práctico y hasta escamado, no ha vuelto á hacer otra como la que hizo en Gabaón, pues el pobrecillo, con su omnipotencia y todo, se había de ver y desear para complaceros. Buena moza conozco, que lo ménos la habeis pedido veinticinco mil, y casa que deseais muy cerca de un millar de millares.

Salomón, más cuco que la mayor parte de vosotros, le pidió á Dios la madre del cordero, la llave de todas las puertas, el camino de todas partes, la sabiduría, en una palabra. Y Jehová, muy contento de que no le hubiera puesto Salomón en el apuro que años adelante puso Fausto á Mefistófeles, cuando le pidió tener un hijo sin concurso de mujer, vertió sobre el rey de Judea un cántaro lleno de sabiduría, con lo cual y su mula entre las piernas, se volvió Salomón á Jerusalem más contento que unas pascuas, y en disposición de juzgar á los mismos jueces

Nuño Rasura y Lain Calvo, si estos caballeros hubieran tenido la humorada de nacer algunos siglos antes.

La primera muestra que de su sabiduría, después del *infundio* de Gabaón, dió Salomón, fué morrocotuda y piramidal, aunque, por desgracia, tuvo lugar entre gente cursi y maleante, como suelen serlo las rameras.

Dos de estas señoras parieron, en el trascurso de tres días y en la misma casa, dos chiquillos. Una de ellas aplastó á su niño dormida. Despertó, y viendo muerta su cría y la otra dama dormida, en vez de echarse á llorar ó pedir auxilio, como hubiera hecho cualquiera otra mujer, se levantó, encajó el niño á la otra, y cogiendo á ésta el suyo, se le llevó á la cama, disimulando el amor materno y el truco. Despierta la robada damisela, ve al chiquillo muerto, grita que no es el suyo, y se arma la gran pelotera, que el lector puede bonitamente imaginarse. ¿A qué tribunal acudir para dirimir esta peliaguda cuestión? ¿Al juez de paz? ¿Al de primera instancia? ¿Al alcalde? ¿Al pedaneo? ¿Al Tribunal Supremo? ¡Ca! En *aquellos tiempos* de feliz recordación, en que Jehová andaba á todas horas abandonando los cielos, todo eso era artículo de lujo. Las rameras (muy señoras de todo el mundo) se encaminaron al mismísimo Salomón, pues solamente la ciencia del inspirado en Gabaón podía resolver acertadamente esta querella.

Y en efecto, Salomón dió orden de que, partiendo en canal el chiquillo vivo, le entregasen medio niño á cada una de las reclamantes, á cuya orden, descubriéndose por la piedad la maternidad verdadera de la que renuncia su parte, queda el universo mudo y pasmado de la mácula y trastienda del egregio Salomón.

¿No es verdad, lector, que esto es admirable y digno de las muchísimas varas de lienzo que para fijarlo y transmitirlo á la posteridad, han

embadurnado los pintores católicos? Si no lo declaras así, será por pasión de partido, pues lo que es la cosa en si es admirabilísima.

XLIX

Tras la *fazaña* salomónica del partimiento del chiquillo, á machetazo limpio, la *Santa Biblia* nos declara algunas particularidades del rey judío, dignas de mención.

En primer lugar, nos cuenta que, aunque rey por voluntad de Jehová, se servía para gobernar de una especie de ministerio responsable. Josafat era lo que pudiéramos llamar el ministro de Gracia y Justicia, ayudándole, (como protonotarios mayores de la ley, cardenales, arzobispos ó escribas, que dice el texto) Azaria, Elihoref y Ahia (¡vaya unos nombrecitos que estilaban estos caballeros!). Benaia, el que dió catite á Joab y demás estorbos del principio, era el D. Genaro Quesada de Salomón, quiero decir, el ministro de la Guerra. Otro Azaria, hijo de Nathan, era gobernador de los gobernadores, pintiparado el Romero Robledo de nuestros días. Adoniran, *que era sobre el tributo*, ¿quién no ve que era el Cos-Gayón de aquellos tiempos? Ahisar era mayordomo, como si dijéramos, el duque de Sexto. Sólo á Zabud, que figura en la *Biblia* como amigo del rey, no sé á quién compararle en nuestros días, porque desconozco por completo lo que pasa en palacio, y además no calo qué obligaciones tendría que desempeñar este Zabud, al ser amigo del rey. Sadoc y Abiathar, eran los sumos sacerdotes: entre los dos hacían un León XIII de este siglo.

Con esta gente y su sabiduría, y doce gobernadores, uno por tribu, llevaba Salomón al pueblo de Israel, que daba gusto verle marchar. Todo salía á pedir de boca. Cada gobernador se agenciaba lo que había de comer, beber, vestir

y gastar Salomón, su familia (que luego se declarará) y su corte en un mes, con lo cual todo el año estaba la despensa repleta, llena la tripa; y, saísfecho el corazón del monarca, se distraía del amor con el estudio y del estudio con el amor, que es la única cosa que para mí, humilde comentarista, declara cumplidamente la sabiduría de Salomón.

«Que fué mayor que la de todos los orientales, y que toda la sabiduría de los egipcios. Y aún fué más sabio que todos los hombres; más que...

¡Ah lector! Aquí pensarás hallar los nombres de los sabios que tú conoces; como, por ejemplo, Pitágoras, que inventó la tabla de multiplicación, el teorema que lleva su nombre y otras menudencias; Arquímedes, que descubrió el peso específico; Sócrates, que estableció el verdadero método de indagación filosófica; Aristóteles, que dió para veinte siglos cánones á todas las ciencias, Ptolomeo, que explicó un sistema de astronomía falso é hizo un sin fin de cálculos trigonométricos verdaderos; Copérnico, que determinó el centralismo solar; Galileo, el sublime Galileo que sorprendió el movimiento de la Tierra; Newton, que descubrió las leyes de gravitación; Keplero, que las demostró y aplicó; Leibnitz que inventó en competencia con Newton el cálculo infinitesimal; Wat, que hizo la primera máquina de vapor; Sthepenson, que construyó el primer ferrocarril; Laplace, que pesó los mundos; Colón, que descubrió la América, ú otros hombres tan insignificantes. Pues bien, si tal crees, te llevarás un soberbio mico, como sucede siempre leyendo la *Biblia*. Los hombres á quienes Salomón excedió en sabiduría, no fueron ninguno de estos, fueron,.. volvamos al párrafo en suspenso).

más que Ethan Ezrahitá, y que Heman, y Chalco y Darda.

¿Los conoces tú?—Yo tampoco.—¿Será esto un

bromazo bíblico? ¿Acaso no es la *Biblia* en sí misma una broma?

Y propuso (Salomón) tres mil parábolas: y sus versos fueron mil y cinco. No son muchos que digamos los versos; pero aun siendo algunos malos, como se deja suponer, todavía indican que Salomón fué algo más rimador que otros muchos reyes, que para escribir los cinco del pico salomónico, se habían de ver y desear.

También disertó de los árboles, desde el cedro del Libano hasta el hisopo que nace en la pared. Estas aficiones botánicas, juntamente con sus aficiones por las hijas de Eva, contribuyen mucho á haer simpático á Salomón entre las personas de buen gusto,

Así mismo disertó de los animales, de las aves, de los reptiles y de los peces. Hallo muy en su punto que Salomón se dedicase también á la zoología. Estudiar las yervas y no estudiar á los que le las comen, es, ha sido y será siempre estudiar á medias, ó mejor dicho, á terceras partes la Naturaleza. Como Salomón descuidó el estudio de los minerales, no puedo concederle que fuera más que dos tercios de naturalista. Lo siento por Jehová, que ya que le hizo sabio, pudo hacerlo por completo, no dando lugar á los chingoteros del día á sospechar que si no le infundió á Salomón la mineralogía, fué por no saberla.

Declaro que, á no andar por medio el *infundio* de Gabaón, Salomón sería para mí una personalidad científica sumamente respetable para aquellos tiempos. Pero dado el *infundio*, ¿qué mérito tiene que fuera sabio? ¿Ni qué respetos se merece el que sabe lo que sabe, por no haberlo aprendido con fatiga, sino por haberlo hallado, como el que se encuentra encima con un remoión, al pasar por debajo de la ventana de una Maritornes poco aprensiva?

Y ventan de todos los pueblos á oír la sabiduría de Salomón, y de todos los reyes de la tie

rra donde había llegado la fama de su sabiduría.

¡Eche usted y no se derrame! ¡Pero señor, es esto historia ó un cuento andaluz?

L

Los capítulos V, VI y VII del *Primer Libro de los Reyes*, los dedicó el Espíritu Santo, con acierto digno de su fama universal, á contarnos por menudo cómo se las arregló Salomón para construirle una casita decente á Jehová, que hasta entonces, ¡pobrecillo!, había dormido al raso, ó cuando más, debajo de un mal toldo, que apenas si le guarecía medianamente de un chaparrón ó de los ardores del solazo de Agosto, cosas terribles en aquellas pedregosas montañas de Judea, donde después de andar cuarenta años zascandileando por los desiertos de la Arabia, había dado con sus huesos, digo, con sus tablas, que nadie me negará constituían, en unión del arca y las indispensable trancas á que iba unida, lo que pudiera llamarse el esqueleto de la augusta y con frecuencia enfurruñada persona de Jehová.

El lector que guste leer estos capítulos, se vencerá de que en el estilo descriptivo, el señor Espíritu Santo se excedía á sí propio, que es todo lo que puede decirse. ¡Qué animación, qué exactitud, qué precisión en los detalles! ¡Nada! Que lee uno esto y ve el Templo, como si el texto fuera una fotografía, colocada en el fondo de un estereóscopo. El que lo dude, que haga la prueba.... sólo cuesta un desengaño, y calentarse en balde la cabeza. Tal me la ha puesto á mí el pretender por la descripción formarme una idea aproximada de lo que fué el famoso Templo de Salomón, por lo que quiero vengarme del Espíritu Santo, denunciándole á los géometras un renuncio matemático en que acabo de pescarle. ¡Agua; no, matemáticas van!

Cualquier chico del Instituto, sabe hoy día perfectamente, que la relación de una circunferencia con su diámetro, es una cantidad inconmensurable, es decir, que no se puede expresar exactamente con números. Esta relación, ¡quién lo ignora! es 3, 14, 159... (pon aquí lector, todos números que puedas escribir desde ahora hasta que Romero Robledo sea hombre serio, que como tú quieras determinar fijamente esa relación, ya le habrán salido á Carulla los pelos que un día tuvo en lo que hoy es calva, antes que lo consigas). Esta relación se llama Pi, como mi amigo D. Francisco, el expresidente de la República, que es un punto fuerte en esto de hacerle cosquillas al Espíritu Santo, según ha demostrado en su excelente libro *Las Luchas de Nuestros Días*, en donde se conforma con mi opinión de que, aquello de entregar Abraham la mujer á Paraón, y recibir de éste regalitos de cuernos, como vacas, carneros, etc., estuvo muy poco, extremadamente poco correcto en el varón que fué el primer pactista del universo.

Volviendo á las matemáticas, enemigas de la teología, he de decir, que si á un caldero que tuviera diez metros de diámetro (el cual merecería el nombre de calderón, más propiamente que aquel expresidente del Tribunal Supremo, que apesar de apellidarse así no dió pie con bola en fabricar versos, aunque llegó á marqués), se le quisiera poner una boquilla, quiero decir, un borde, por ejemplo, de hoja de lata, por la cuenta, que no marra, de la Pi supradicha, se necesitaría una tira de la tal hoja de lata, largo de 30 metros, 14 centímetros, y un poquirritin más, cosa así como el grueso del talento del rey Sisebuto. De igual modo, un hombre que tuviera una cabeza perfectamente redonda, como la de cierto diputado recién sacado del horno conservador, y quisiera hacerse un gorro á la medida, que le viniera justito y encargara que al tal gorro no

le dieran más vuelo que tres veces el diámetro de su mollera, apuesto la *Biblia* que comento á que no metía la cabeza dentro del gorro, á menos que este no fuera elástico, como la famosa tripa de Jorje y el no menos célebre art. 22 de la Ley Provincial en manos de un *torenoide de reacción*.

¿Y el renuncio geométrico del Espíritu Santo? dirá el lector. Allá va, allá va, amigo mío, que estas notas no son como ciertas comedias que yo me sé, en que nunca sale el argumento.

Dice el sagrado texto bíblico:

Hizo asimismo un mar de fundición, de diez codos de un labio al otro, PERFCTAMENTE redondo: su altura era de cinco codos, y ceñíalo TODO alrededor un cordón de treinta codos.

¿Lo ves? ¿Ves cogido en renuncio al Espíritu Santo? Los treinta codos no bastaban para ceñir *todo* alrededor el mar ó caldera monumental que hizo Salomón, para que se lavaran en él las manos los sacerdotes, cuando se las ensuciaban con los mondongos de los holocaustos y víctimas proporcionarias. Así como el conservador del caso que he puesto, no podría meter la cabeza en el gorro, Hiran, con toda su pericia, no hubiera ajustado jamás al borde del caldero de diez codos de labios á labio, *perfectamente redondo*, un cordón de treinta codos. Le hubiera faltado un pico, que es lo que les sobra á los sandios admiradores de un *infalible* que no sabía el valor de *Pi*, que ya he advertido no es D. Francisco.

Contruido el templo, en el que Salomón empleó siete años, se hizo para sí una casita que le costó trece años de trabajo, y además una especie de palacio en el Libano. Todo esto me parece irreprochable. ¿Había de vivir un sabio, por añadidura rey, á la intemperie? ¿No era justo, que si Dios tenía alojamiento fijo, su teniente en Jerusalem no anduviera todos los días echando boletas?

Todas estas obras las realizó Salomón con las pesetas que había reunido David. Mas es de notar, para evitar falsas interpretaciones, que si Salomón tenía dinero, carecía por completo de artifices hábiles, sin duda porque Jehová, habiendo gastado toda la sabiduría en Salomón, no le pudo repartir á los otros judíos más que escurriduras de talento. Y como el que no tiene una cosa ha de buscarla, el sabio Salomón se vió obligado á suplicarle á un Hiran, rey de Tiro, que le enviase un sabio para dirigirle las obras y enseñar á los hebreos lo mucho que ignoraban, aun siendo los elegidos de Jehová. Hiran envió á otro Hiran, *el hijo de la viuda*, de quien me guardaré yo de burlarme como de un aire colado, siquiera porque gastó mandil, al decir de mis muy queridos maestros masones, y yo, como mero aprendiz que soy, con tanta honra como gusto, no tengo suficientes datos para contradecirles.

Acabado el templo, Salomón se dedicó al alto y empingorotado Jehová, señor de los cielos y tierra. La juerga que con este motivo se dieron los judíos, fué tal, que los de la casta, aún hoy cuando la recuerdan, se relamen de puro gusto. Hubo procesión, incienso, cánticos, jolgorio en grande, discurso de Salomón, y... 22.000 bueyes... y 120.000 ovejas que se comieron en siete días, y otros siete días, que hacen catorce (estilo del texto) en honor de Jehová los buenos de los judíos, entre los cuales, no lo dudo, debieron darse muchos cólicos é indigestiones, según es de rúbrica cuando un pueblo se da una panzada por el estilo.

Del discurso de Salomón quiero copiar las siguientes líneas, verdaderamente salomónicas, mejor dicho, las únicas salomónicas de todo el Antiguo Testamento. Ojo, lector:

¿Empero es verdad que Dios haya de morar sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos